

BERLÍN, 3 de Mayo de 1849.

Mi querido Conde: Los últimos acontecimientos de Hungría os habrán demostrado hasta qué punto tenía razón para dirigir por ese lado mis inquietudes. Austria no puede resolver sola esta cuestión, que es, á la verdad, cuestión europea. Si el ejército magyar y polaco vence, el mundo está perdido sin remedio. Afortunadamente no llegaremos á este caso merced á cien mil rusos que, á la hora que os escribo, deben haber entrado ya en Hungría y en Transilvania, dejando de reserva en las fronteras más de cincuenta mil hombres.

Mi único intento al escribiros hoy, es regocijar vuestro corazón con una buena noticia, la mejor posible para vos.

Rusia, Prusia y Austria se han unido en estrecha alianza, la cual acaba al fin de ser sellada. Rusia ha resuelto asociar su acción á la de las otras dos potencias, y sus ejércitos están á su disposición. Si Prusia necesita cien mil hombres para ocupar el Gran Ducado de Posen y poder utilizar sus propias fuerzas, este socorro le está asegurado. El emperador Nicolás comprende claramente que, ayudando á Prusia y Austria, se ayuda á sí mismo; el Gobierno austriaco y el prusiano saben, por otra parte, que sólo una unión íntima puede preservarlos de ser devorados por la Revolución. Esta no se halla precisamente en la superficie, sino en el corazón mismo de la sociedad, de donde no hay fuerza humana que sea poderosa á expulsarla.

Queda por saber ahora cómo apreciará Europa esta nueva alianza de las potencias del Norte, y principalmente la intervención directa de Rusia en los asuntos de Alemania. Es posi-

— 669 —

ble, ya que no probable, la guerra general; en este caso resultaría el bien del mismo mal.

No diréis, pues, querido Conde, que no me apresuro á daros buenas noticias. Guardad sobre este asunto el silencio que aconseja una prudente reserva.

La salida del conde de Arním, que acaba de dejar el Ministerio, es vivamente sentida por el Cuerpo diplomático todo y por mí en particular. Este acontecimiento, desde el punto de vista político, carece de importancia, pues no implica variación alguna política. La salida del Conde será seguida de la de algunos de sus colegas.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

BERLÍN, 9 de Junio de 1849.

Mi muy estimado Conde: Hace mucho tiempo que no os he escrito; aun ahora sólo tomo la pluma para aseguraros que mi silencio no significa olvido, sino que nada ocurre de nuevo. Esto no quiere decir que no sobrevengan sucesos, sino que son de tal naturaleza que los periódicos los entregan á los cuatro vientos del mundo antes que las cartas hayan tenido tiempo de llegar. Me propongo manifestaros, por el momento al menos, lo que los periódicos callan porque lo ignoran; desde hace algún tiempo, por otra parte, nada hay que sea especialmente de notar en la cosa pública.

Ya conocéis la situación de Prusia, en cuyas manos han colocado decididamente las circunstancias la dictadura de Alemania, la cual puede ejercerse ciertamente en la Alemania septentrional y protestante, bien que Prusia quisiera establecerla además en el Mediodía, en lo cual yerra á todas luces; el Mediodía no será nunca prusiano; permanecerá siempre austriaco



si Austria vuelve á levantarse; si sucumbe, el Mediodía se unirá natural y moralmente con la Francia republicana. ¡Que arte más difícil es el de moderar la ambición y servirse sabiamente de las propias fuerzas! Estas circunstancias no impiden á Prusia sofocar rápidamente la revolución y ocupar las provincias meridionales donde aquélla ha estallado. Pero os pronostico que esto no durará mucho, y que podrán surgir de esta situación graves complicaciones. ¡Ojalá que Prusia se muestre generosa, y domine el levantamiento en el Palatinado y en Carlsruhe, sin exigir del rey de Baviera y del gran duque de Baden la adhesión al nuevo Imperio! La falta de generosidad fué siempre una falta política.

Habéis tenido ocasión de ver cómo Austria no ha tardado en dejarse dominar por el desaliento, aunque éste no sea motivo suficiente para que se rompa la triple alianza, pero con él ésta se resiente, y más tarde acaso se rompa. La imprevista resistencia del archiduque Juan á dejar el poder se explica por las instigaciones secretas de Austria, que quiere ganar tiempo y, terminadas sus dificultades interiores, buscar la manera de recobrar su influencia en Alemania. ¿No les valdría más á entrambas potencias dividir su preponderancia entre el Norte y el Mediodía? ¿Son buenos los tiempos en que vivimos para disputar por semejantes vanidades? Pero estas cosas no son, por decirlo así, más que telas de araña: la alianza subsiste sin embargo.

Entre Prusia y Rusia hay también otra nubecilla: la cuestión de los ducados. Rusia quiere la paz inmediatamente; Prusia no quiere ir tan de prisa, pero acabará por ceder, y la nubecilla por disiparse.

El asunto más importante es siempre la cuestión húngara; pero conviene no olvidar que Rusia no quiere engañarse á sí misma; conoce toda la dificultad de su empresa; y ésta es la razón de que no haya tomado aún la iniciativa; el momento en que la tome llegará cuando se hayan reunido doscientos mil hombres, y la señal del combate será la partida de Varsovia

del príncipe Paskewiez. A pesar de toda la inquietud y sobresalto que ha habido, Rusia nunca ha enviado del lado allá de sus fronteras más de doscientos mil hombres, como observáis con razón. Sé que se esfuerza, sin embargo, á reunir tropas más considerables, porque acaba de llamar todavía ciento cincuenta mil soldados, destinados á operar en Hungría. Conoce el peligro que la amenaza, y para alejarle está resuelta á hacer un nuevo esfuerzo.

Me parece que se piensa por el momento en nombrar un ministro de Negocios extranjeros, y pienso que no puede hacerse cosa mejor. Es muy natural que el conde de Brandebourg siga al conde de Arním en su retirada.

No os figurabais ser tan buen profeta cuando me escribais que la vida del emperador Nicolás está expuesta, como lo ha demostrado la reciente conspiración descubierta en San Petersburgo; yo tengo motivo para creer que el Emperador está sobre aviso.

Celebro mucho que hayáis visitado á Toledo; para un artista como vos, Toledo es una mina de oro. No dejéis de ver también á Burgos, León y Sevilla; el que quiera formarse idea de la grandeza española, debe buscarla y estudiarla en sus ruinas.

Soy siempre, mi muy amado Conde, su afectísimo amigo,

VALDEGAMAS.

---



BERLIN, 8 de Julio de 1849.

Mi querido Conde: He visto vuestra bella galería de cuadros. Aunque extraño á los juicios artísticos, esta visita me ha hecho experimentar vivo placer. He notado particularmente los cuadros de familia, y vuestro retrato entre ellos. Los retratos de familia patentizan sentimientos afectuosos y bellas cualidades en los que conservan estos recuerdos. Después del culto debido á Dios, nada hay más hermoso que el culto de nuestros antepasados. He visto el mismo día los dibujos de Cornelius, y me he quedado admirado de la grandeza de sus concepciones.

No me llama la atención lo que me decís á propósito de la amnistía; en definitiva, estoy por creer que no tendrá ni buenas ni malas consecuencias. Sólo sería una calamidad en el caso de que se convirtiera en el principio de una nueva guerra ó de que condujera á transacciones culpables. La unanimidad misma del Congreso que lo ha votado es una prueba contra la amnistía; por regla general, lo que una Asamblea aclama por unanimidad es siempre un absurdo. Acordaos de este aforismo.

La ley de aduanas me satisface plenamente, pero no estoy entusiasmado con Mon, que se estima en más de lo que vale. Le conozco, sin embargo, en los detalles de las cuestiones que promueve, gran habilidad para sacar partido en provecho propio y hacerse valer. Este es su verdadero mérito.

Las rivalidades de Prusia y de Austria continúan desgraciadamente; á pesar de todo, no creo que la concordia respecto á la gran cuestión sea rota, y, por otra parte, se hacen aquí

votos tan ardientes como en Viena por el triunfo de las armas imperiales en Hungría.

Esta gran cuestión, capital entre todas, camina felizmente á su desenlace; su solución la podremos ver antes de dos meses. Nos será permitido, pues, respirar durante algunos años. Cuanto á lo por venir, lo veo siempre cargado de las amenazas más funestas; sólo se trata de saber quiénes sean, si nosotros ó nuestros hijos, los que asistan á la gran catástrofe. Horrible ansiedad me oprime el corazón cuando considero cuál ha sido, en todo el curso de la Historia, la fuerza omnipotente del mal. Decir que la verdad acaba siempre por triunfar, que el bien es más fuerte que el mal, es proferir sonoras frases y acariciar ilusiones. No podéis imaginar cuánta tristeza me produce este pensamiento.

Lo de Dinamarca va á paso lento, porque Prusia no da garantías á esa potencia, la cual no acierta á prever si la misma Prusia se quedará, por último, en posesión del poder central en Alemania; por otra parte, el Gabinete de Berlín teme á lo que se llama la opinión, la cual parece pronunciarse en pro de la guerra.

Nueva y grave dificultad acaba de surgir: el cantón de Neuchâtel está en vísperas de proclamar de nuevo los derechos de Prusia; de aquí podría nacer un conflicto entre esta nación y Suiza. Este asunto, por su misma naturaleza, pone en tela de juicio los tratados europeos, y esta circunstancia puede complicar el incidente y convertirlo en negocio muy grave. Sin embargo, lo esencial es que la cuestión húngara se resuelva felizmente; todo lo demás es menos importante.

El cuadro que hacéis de Rusia es perfecto; imposible es pensar y escribir mejor y con más gracia. Dos líneas os han bastado para hacer un retrato completo. Sin embargo, hoy es algo más que un Imperio defendido por sus murallas de nieve. Los últimos años de paz han dado origen á sorprendentes progresos. El ejército es numeroso y brillante, la artillería la mejor del Continente, y personas bien informadas me han asegu-



rado que Rusia puede ahora lanzar cuatrocientos mil hombres al Occidente.

Ya os he dicho por qué no se concluye la paz con Dinamarca; en Italia halla obstáculos, suscitados por los proyectos deplorables del Gobierno piamontés, al cual todo se lo hubiera perdonado Austria, á trueque de una alianza contra Francia. Pero el partido moderado en Cerdeña tiene tendencias tan anárquicas y tan locas como los demagogos mismos, y prefiere la alianza francesa á la austriaca. Austria no se olvida de preparativo alguno á vista de esta eventualidad, en lo cual obra sabiamente; si del mismo golpe destruyera á los moderados y á los exaltados, haría al mundo entero un inmenso servicio.

Adiós, mi amado Conde; vos sois la única persona que procede sobre terreno firme; la única que ve claro. Gran fortuna es dar con un hombre de seso en este mundo de locos.

VALDEGAMAS.

P. S. ¿Y nuestro comisario francés cerca del triunvirato? ¿Hubiérais nunca creído de él lo que hemos visto? ¡Lesseps trabajando por el Conde de Montagne! Era lo que me quedaba que ver para desear ser ciego.

---

BERLÍN, 28 de Julio de 1849.

Mi querido Conde: El nombramiento del barón de Steinitz para ministro del Interior está firmado. Se habla aquí muy favorablemente de la inteligencia y rectitud de miras de este personaje; pero suspendo mi juicio hasta que me hayáis dicho lo que debo pensar. Hay pocas personas que me inspiren bastante confianza para que pueda fiarme de lo que dicen.

Las elecciones son buenas á causa de la abstención de los demócratas; pero presumo que los nuevamente elegidos son favorables á la unión y á la guerra de Dinamarca; esta última dificultad parece, sin embargo, eludida.

La guerra en Hungría no causa inquietud; aún queda por tratar una grave cuestión: ¿cómo serán gobernadas y administradas en adelante estas provincias? He aquí el problema que habrá de resolverse después de la victoria.

Debo advertiros que Pidal acaba de remitir al periódico *El País* escritos que saldrán en él de un día á otro bajo el título de *Correspondencia de Berlín*. Podréis, pues, saber por *El País* lo que ocurre. Sin embargo, cada vez que pase algo importante os lo participaré directamente.

Vuestro afectísimo amigo,

VALDEGAMAS.

---



DRESDE, 13 de Agosto de 1849.

Mi querido Conde: Lo que me decís del nuevo Ministerio está completamente de acuerdo con mis noticias. Opino como vos acerca de las Cortes moderadas: sin los moderados, la Revolución no viviría en ninguna parte. Los moderados han sido causa de la universal ruina y perdición. ¡Dios les perdone el mal que han hecho!

Ya veis que la situación se complica singularmente en Hungría; es imposible negar las importantes ventajas que acaban de obtener los rebeldes; pero lo que más que nada me sorprende, es que han reconocido por origen la ignorancia de los Generales rusos. Aunque no tengo respecto del particular datos muy completos, esa me parece que es la verdad exacta. Pero no es esto lo que temo más, porque más que todo temo la considerable influencia de Lord Palmerston y de Inglaterra si la lucha, como todo lo hace creer, dura mucho tiempo. Veréis cómo Lord Palmerston halla medio de intervenir, y si interviene estamos perdidos.

Desearía como vos vislumbrar la salvación del mundo; pero desgraciadamente no tengo ninguna esperanza: hemos nacido en época de desventuras, y estamos destinados á expiar nuestras propias faltas, las de nuestros padres y las de nuestros abuelos.

Siempre vuestro afectísimo amigo,

VALDEGAMAS.

DRESDE, 3 de Septiembre de 1849.

La noticia que os di de un convenio entre Prusia y Austria, era cierta; mas parece que en el momento de formular las condiciones no han podido entenderse. El hecho es que la actitud del Gobierno prusiano en las Cámaras, y los discursos de sus representantes, hacen creer que Prusia tiende siempre á la ejecución de su proyecto; pero estad persuadido, sin embargo, á que tal ejecución es imposible. Austria preferiría la guerra, y en ese caso espero que Rusia se interpondrá entre las dos potencias. Europa no puede considerar la constitución de una confederación como equivalente á la unidad de Alemania, porque en realidad no equivale á ella, pues sólo implica el engrandecimiento de Prusia. Pero esto es sobre manera grave, porque es tocar al equilibrio alemán, y, por consiguiente, al de Europa; todo lo que tienda á otra cosa que á dividir la Alemania en septentrional y meridional, en católica y protestante, en austriaca y prusiana, conduce directamente á terribles revoluciones y gigantescas catástrofes.

Vos os proponéis venir aquí la primavera, y yo pienso volver á España este invierno; en Noviembre le abrazará su afectísimo amigo,

VALDEGAMAS.

Las cosas van muy mal y empeoran cada día; de aquí á seis meses todo se habrá hundido.



DRESDE, 9 de Septiembre de 1849.

Mi querido Conde: Me propongo referiros una entrevista augusta que ha habido estos últimos días.

Rotas las negociaciones con Prusia, el emperador de Austria propuso al rey de Prusia tener ambos, en la ciudad que creyera más conveniente, una entrevista, á la cual asistiría el rey de Sajonia; los tres Soberanos deberían asistir acompañados de sus Ministros respectivos. El rey de Prusia aceptó, y se convino que la entrevista fuera en Tœplitz. Pero á última hora el Ministerio prusiano se negó á esta visita, y no quiso que ninguno de sus miembros asistiese en ella. Fué preciso comunicar por telégrafo esta noticia al Emperador para que no llevase á ninguno de sus Ministros. El aviso llegó á tiempo, y á la mañana siguiente el rey y la reina de Prusia, el rey y la reina de Sajonia llegaron á Tœplitz, donde el Emperador se encontraba desde la noche anterior; ningún Ministro acompañó á los Príncipes. A su llegada, el Emperador fué á visitar á sus tíos, y volvió á su habitación acompañado por los dos Reyes. El 8, es decir, ayer, estos augustos personajes se reunieron en Pílnitz: hoy deben partir cada cual por su lado. Nada se ha traslucido del resultado de sus entrevistas; y no habiendo asistido ningún profano, es difícil que se trasluzca cosa alguna. Creo que la ausencia de los Ministros priva á esta entrevista de gran parte de su importancia: todos han hecho protestas de amistad, manifestando el deseo de allanar las dificultades; pero éstas seguirán así después como antes de tales pláticas.

Habréis visto por los periódicos de Berlín que los miem-

— 679 —

bros de las Cámaras (excepto los de la extrema derecha) son decididos defensores del dominio eminente prusiano. El Ministerio está resuelto á continuar su camino; pero los obstáculos son inmensos y, en mi sentir, insuperables. Hannover y Sajonia misma hacen tales reservas, que ese dominio eminente podría muy bien no ser otra cosa que un espejismo, como ya lo fué la autoridad de la famosa Constituyente. Toda política que no hace cuenta con los hechos, es á la vez falsa y desastrosa. En realidad hay, por lo menos, dos ó tres Alemanias; por consiguiente, será preciso que haya un número igual de Soberanos; el presente estado de cosas concluirá, pues, en un término fatalmente próximo.

Hasta la vista, querido Conde.

VALDEGAMAS.

Hoy pido á mi Gobierno autorización para volver á España.

---

DRESDE, 17 de Septiembre de 1849.

Mi querido Conde: Me aflige el haberos entristecido con mis enojosos pronósticos. Esta idea me decide á preveniros contra mí mismo, y advertiros que comienzo á creer que estoy atacado de una verdadera enfermedad moral, cuyo efecto es ver los asuntos públicos con los colores más sombríos. Pero vos lo sabéis: todo parece triste al que está dominado por la tristeza. No debéis, pues, atribuir gran importancia á mis negras profecías, y, sin embargo, me he creído obligado á comunicarlas á vos, porque nuestra amistad me impone el deber de deciros lo que siento.

Las negociaciones entre Prusia y Austria tienen malísimo aspecto: no pueden entenderse, y Austria es la que gana te-